cie entera del globo. Leemos los diarios y aquéllos nos imparten, traen á noticia nuestra, los hechos y los dichos de cada nación. Vemos los detalles de crimenes y de robos, de homicidios, descorazonadas seducciones, y deserciones. Con frecuencia nos sentimos aterrorizados y horripilados por las crueldades y las injusticias perpetradas por el hombre al hombre. Observamos, con demasiada frecuencia, el éxito alcanzado por la astucia, la estratagema y la avaricia sin escrúpulos, donde por otro lado fracasa del todo la inocencia, la honradez y la sencilla fe. Vemos, con demasiada frecuencia, á los que nada valen, á los mundanales sentados en puestos elevados, mientras por otro lado los buenos, los que se sacrifican á sí mismos se les tiene sobajados ó se les abandona al hambre y á la sed en caminos reales. Los valientes y los denodados son destrozados en campos de batalla, mientras que los cobardes corren y sobreviven. Algunos criminales, en verdad, reciben en este mundo merecido castigo; pero, como se lleva dicho, los criminales más grandes de esta tierra, son aquellos que jamás se han sentado en el banquillo del acusado.

Aún más: ¿con qué frecuencia no ocurre que aquel que hace sudar la gota gorda gana me-

jor la vida, de espléndida manera, mientras que el que la suda se hunde en la pobreza y en la degradación? El estafador en grande, el que comercia en cosas de mala ley, el que la emprende estableciendo compañías de puro engaño, el fundador de tráfico inmoral, el vendedor de literatura que corrompe y de estampas indecentes, con frecuencia prosperan y gozan de la vida, realizando á la vez prodigiosa fortuna; mientras por otro lado el hombre juicioso y muy trabajador, el concienzudo honrado labrador ó comerciante, no puede con frecuencia, ni siquiera medio sostener la carga.

Riñen los reyes, decláranse las guerras y traban combate los ejércitos: y mientras tanto la oficialidad tiene proporción y los monarcas gloria, millares de hombres inocentes son acribillados por las balas, ó despedazados con violencia por el sable, sin piedad. Hállanse los hogares desolados; las familias arruinadas y desprovistas de sus defensores naturales, de aquelos que para ellas ganaban el pan. La madre viuda llora por el hijo adorado, cuyo cuerpo ha convertídose en carne corrompida para los pájaros; la esposa aprieta las manos ante el cadáver del esposo muerto á bayonetazos y se hace pedazos el corazón de la prometida cuan-

do imprime ósculo tras ósculo en los helados y viscosos labios de su prometido que yace tendido en el campo de la matanza. De sufrimiento y de infortunio está el mundo lleno; y miserías semejantes no están distribuidas en conformidad con los merecimientos del hombre. Ni las riquezas, ni la salud, ni la prolongación de los días, se encuentran otorgadas bajo principio alguno de equidad. El dolor y la amargura, los encantos y placeres, por ningún título se hallan ajustados á la culpabilidad ó la inocencia respectivas en el hombre.

Interiormente tenemos conciencia en nuestra mente de la injusticia, que en mayor ó en menor escala, prevaleceen todoel mundo. Con siderar tan sólo al artesano del telar, pálido, delicado, "tan pálido y tan frágil cual el mismo lino que teje, aquellos enfermizos tejedores de finísimos linos, á los hombres envenenados por aire subterráneo sofocante ó en cambio tostados por las flamas de la fundición ó sufriendo una muerte lenta por medio de la absorción en los pulmones del polvillo de acero, ó ya bien lívidos con las llamas fosforescentes aspiradas por tal de conseguir el pan de cada día, individuos que mueren cual si fuesen cantidad más ó menos de arenques en red, para que en cam-

bio siga rodando el Truhán del comercio. Considerad esto y otras tantas cosas, que el descorazonado Thor de la concupiscencia comercial aplasta bajo el peso del mazo grande, del martillo de forjar fierro, sacando oro á golpes á costa de sus carnes magulladas. Contemplad esos millares que, desde la cuna hasta el sepulcro, están soterrados en las fábricas, en barracas, en guardillas con reflejos del gas, y en callejuelas apiñadas de gente, en guaridas del vicio escuálido, con el ruido de máquinas eternamente en sus oídos y el peso muerto del humo en sus alientosu. (*) Contrastad á éstos, y á otros en igualdad de circunstancias, con los alegres y veleidosos—amantes partidarios del mundo de la prosperidad-con aquellos que ríen, charlan y juguetean dejando se deslicen las bulliciosas horas, que pasan cual mariposas veraniegas de flor en flor, sin darse á la pena, sin pensar, é indiferentes están chupando dulces y mieles conforme van saliendo; pero nunca contentos, en realidad, pues esto es imposible, pero aparentemente sí, y por vía de comparación con sus semejantes más infortunados, felices lo suficiente. Pero ; quién nos podrá decir que cada uno recibe lo que cree merece? Sin embargo, Dios

^(*) Vide Chandos,

es justo: sí, infinita, increada y absoluta Justicia. ¿Cómo puede ser esto? De dos alternativas preciso es que escojamos alguna.

Una de dos, ó nos alistamos en las filas del mentecato ateo, y decimos no hay Dios; ó de lo contrario venimos á decidir que nos está aguardando otra esfera de actividad humana, más allá de la tumba, donde el malvado deja de molestar, donde descansa aquel que está rendido de cansancio. De postular tenemos una vida futura, donde justicia perfecta se haga á todos con medida; donde cada uno recibirá con imparcialidad, según sus obras; donde se hará compensación á aquellos que han sufrido sin causa, y donde alcanzará venganza á todo aquel que ha prosperado por medio de su iniquidad, teniendo ganancia por conducto del pecado. Esta vida, bajo sus actuales condiciones, es inconcebible sin un futuro, si es que hemos de conservar fe alguna en un Criador infinitamente Santo y Justo. Sería mucho más fácil negar nuestra propia existencia, que el negar la necesidad absoluta de un estado futuro, donde será restaurada la balanza de la justicia.

"Si—dijo Juan Jacobo Rousseau—yo no tuviese otra prueba de la inmortalidad del alma que aquella prosperidad del malvado, y la opresión del justo en este mundo, esto tan sólo bastaríame para convencerme de ella. Me vería restringido para explicar contradicción tan manifiesta, excepción tan terrible á la harmonía establecida del universo. Me vería forzado á exclamar dentro de mí mismo: "¡No puede todo acabar con la muerte!" Todo será puesto en debido orden y harmonía después de la muerte!".

"¿Cree usted en una vida futura?" preguntaba en Lyons un juez á uno de los sacerdotes condenados á ejecución, durante la espantosa Revolución Francesa. "¿Cómo es posible dudar de ello", contestó, "cuando estamos mirando lo que pasa en este infortunado país? Si hubiera sido no creyente, desde un principio, las escenas que diariamente pasan por mi vista, á estas fechas, hubieran hecho de mí un creyente (je serais devenucroyant) .. No puede haber mayor prueba de la seguridad de una vida futura, como la impunidad del malvado y la prosperidad de los mayores pillos en esta. ¡Pues qué! ¿no ha de haber castigo para un Enrique VIII, compensación ninguna para un Tomás More? ¿Será posible que una Reina Isabel (de Inglaterra), triunfe eternamente del inocente, cuya sangre virtió tan inhumanamente? ¡Jamás! Claro está á la vista de todo hombre, que tiene alguna fe en la Justicia Divina, que tiene que *llegar* el día de la retribución, cuando se sobajará la iniquidad, y la causa de la justicia, de la pureza y el amor alcance el triunfo.

De no ser así, entonces nada quédanos por hacer sino es borrar de nuestras mentes para siempre la misma concepción de un Dios, y esforzarnos para persuadirnos, si podemos, de que el universo se hizo de por sí; que el cuerpo maravilloso y hasta el alma humana, cosa aún más maravillosa, con todo y sus facultades y potencias, son resultados accidentales de un concurso de átomos inconscientes y fortuitos; y que todas aquellas maravillas del cielo y la tierra que no hablan, han sido modeladas por las ruedas giratorias del acaso ciego y sin razonamiento. En verdad que no puede haber mayores lechuzas supervivientes que aquellos llamados ateístas. Aun aquellas personas que se la echan de no ser creyentes, y "en su vergüenza se vanaglorían, así lo hacen por creer que aquello suena á sabiduría ó que indica una mente sin trabas. Hacen alarde de su infidelidad con el mismo espíritu de aquel barbero que informó á Voltaire con ingenuo orgullo y satisfacción diciéndole: "Yo no soy sino un pobre diablo de peluquero, pero no creo yo más en Dios que en los otros. ¡Ojalá y se la pase el mundo por tiempo indefinido librado de semejantes idiotas!¡Ojalá y se nos deje en paz, por lo menos á nosotros, para gozar de aquella segura y bien fundada esperanza de la inmortalidad, que nunca será confundida! Tanimposible sería persuadirme de que ahora no vivo, como seríalo persuadirme de que no viviré eternamente. Si pudiera ser engañado en el primer caso, sería posible que también fuese engañado en el último, pero no de otra manera.

No. Roberto Burns no hace más que asentar un hecho cuando nos canta:

e infinitos mensajes de los cielos,

que algo dentro nosotros jamás muere;

que de este estado frágil é inseguro,
penden asuntos de gravedad eterna;
que la vida futura en mundos ignorados,
debe tan solo de esto dar color;
ya bien cual gloria brillante de los cielos,
ú obscura cual la miseria de angustiada nochen.

Una existencia futura viene á ser no tan sólo grande y fundamental verdad, sino que es también fuente de indescriptible consuelo y de felicidad. Para que el lector amable pueda formarse idea de la dulzura de este recuerdo, aun en mentes de hombres sabios y distinguidos, cerraré este capítulo con extracto de una carta

de San Francisco de Sales, Obispo de Ginebra y Doctor de la Iglesia y dirigida á Mr. Favre.

No podemos, escribe, tener un consuelo más sólido en esta vida, que el que estemos seguros de que desaparece aquélla gradualmente para hacerle lugar á esa santa eternidad que nos está preparada en abundancia de la misericordia de Dios. A esa eternidad aspira incesantemente nuestra alma por medio de pensamientos continuos que su naturaleza misma nos sugiere, aunque no puede tener esperanza en eternidad, si no es por medio de otros y más elevados pensamientos que el Autor de natura le otorga. En verdad, que nunca pienso yo en la eternidad sino es con mucha dulzura, pues digo yo: ¿cómo es que mi alma puede tender el pensamiento á esta infinidad, salvo que con ello hubiese alguna proporción? Ciertamente que una facultad que logra un objeto es porque debe haber alguna clase de correspondencia con aquél. Pero cuando encuentro que mi deseo corre tras mi pensamiento sobre esta misma eternidad, mi goce aumenta sin paralelo, pues me consta que nunca deseamos una cosa que no es posible sea. Entonces me asegu ra el deseo que puedo tener eternidad ¿y qué me resta sino es esperar que la obtendré en verdad? Y, esto me es dado por el conocimiento de la bondad infinita de Aquel, que sería incapaz de haber creado una alma capaz de pensar sobre, y de tener tendencia hacia la eternidad, sino es que hubiera sido intención de El proporcionar los medios de alcanzarlan.

